

que una forma de hacerse publicidad, de ganar dinero fácil, de prostituir aún más el teatro y de ver destruidos una serie de valores importantes que tenía Nancy Cárdenas. ¡Qué triste, querido Piquis, qué triste!

Te mando un beso y que tu mamá esté bien. ¿Sigues practicando “Para Elisa”, de Beethoven? Tu amiguito que te quiere

*Florián*

16 de junio de 1974

#### EL CANTAR DE MÍA XIMENA RIVELLES

##### I

Sospiró mio Cid — ca muchos avié grandes cuidados,  
e fabló mio Cid — bien e tan mesurado:  
¡Ah, Ximena, ferosa dama — la mi mugier tan complida,  
plegue a Dios — e a Santa María  
poder vengar los agravios — que una noch nos ficieron!  
Yo, Ruy Díaz de Vivar — Cid Campeador llamado,  
fui una noch al teatrot — de un tal Fidalgo mentado,  
y al veede lo que vide — fuide los ojos llorando.  
La mia mugier onriada — que sempre la mia manol besava,  
e que fincaba los inojos — cada vez que me abracaba,  
la vide cambiada tanto — tornada en mugier liviana,  
queriendo folgar con Minaya — por ser ya muy casquivana.  
Tanvién al mio rei e señor — don Alfonso de Navarra,  
la mia mugier dava voces — e lo llamaba asesino,  
e a mi fija la doña Sol — o quizá era doña Elvira,  
(la mia mugier olvidaba — qual erat su nom  
pues María la llamaba — siendo Elvira o doña Sol)  
un grande odio la tenía — por ser mugier de vien.  
La dueñat Constanza vieja — una alcafueta sería,  
que aconsejaba a Ximena — vurlar la memoria mía.

¡Ah, por los moros moridos — por Babiaca y la mía espada,  
que ban a pagar los felones — esta burla descarnada!

## II

Lleguet aquesta noche — al corral de la comedia,  
c muncha gente mal vestida — fablaba muy descomedida  
sin que yo non entendiese — aquesta villana fabla.  
Senteme en un banquillo — de rojo terciopelot  
dejando a Babiaca fuera — sin poderlo estacionar  
e de pronto la cortina — fizose a un ladot,  
e vide con los ojos — al mio señor obispot,  
en un templete trepado — e hablando sin cesar  
de las mis fazañas guerreras — e de mi morte acaecida  
dos años antes a causa — del moro una vieja ferida.  
El mio Obispot declamaba — con voces muy destempladas  
e la sua mitra parecía — el respaldo de una silla.  
¡Por Dios e María Santísima — medité muy azorado,  
este que hace de Obispot — es un moro renegado,  
porque Zarur se apellida — e quizá venga de Granada!  
La mia mugier onriada — la fermosa Ximena mía,  
burlábase muy impía — de la episcopal sordera,  
e la mia fija María — ¡que yo non tuve una fija ansí!,  
reprendía a la su madre — por no dejalla escuchar,  
e Minaya Alvar Fáñcz — el mio amigo tan famoso,  
ya muy envejecido — en un rincón recargado  
miraba a la mia Ximena — con intenciones aviesas.  
Todo era tan oscuro — que vide vien non podía,  
mas del techo munchas velas — de pronto ficieron día,  
e vide muy asombrado — e tanvién muy complacido,  
que la mia mugier onriada — fermosa erat como el sol,  
e que fablaba con voces — que no fumanas parecían,  
sino que erat de ángeles — que de lo alto descendían.  
¡Fermosa mugier por mi fe — que era aquella que fablaba,  
e pude saber al punto — que doña Amparo se llamaba,  
fija de aquellos sabios — marqueses de los Rivelles,  
de noble estirpe fispana — en el arte de Talía!

### III

Muy pronto aquesta mugier — que tan fermoso fablaba,  
dijo ser la mia Ximena — e estar tan fatigada  
de la castidad cristiana — que como la mia viuda guardaba  
e que quería folgarse — con el mio amigo Minaya.  
E muy bien lo decía — e muy bien que lo entonaba,  
e la giente mal vestida — muchos aplausos le daba,  
y a fe que los merecía — porque aquesta mi Ximena  
se podía decir que era — Campeadora de la escena.  
Pero la giente olvidaba — que Mio Cid era yo mesmo,  
y en aquel rojo banquillot — la furia me sublevaba,  
e muchas ganas me daban — de empuñar la mía espada  
e como a moros bellacos — desprenderles de la testa,  
por vurlar la mia memoria — y tanvién la de Ximena,  
al pintarla desta suerte — como barragana plena.  
Calmose la mia furia un tanto — al oir que se decía  
que era una comedia loca — para gozo de la giente,  
y si todo erat de risa — non mucho mal había  
si la intención era buena — y non era felonía.  
Mas después de muncho hablar — de Constanza y de Ximena,  
non estaba ya seguro — si era de burlas o veras,  
porque llegó el mio rei — e señor mio don Alfonso,  
y la mia mugier onriada — siempre hablando vien,  
se puso scia de pronto — y la comedia acabó  
para tornarse un dramat — lacrimoso y trasnochado.  
¿Qué es aquesto, por mi vida — pregunté muy azorado,  
es comediat o dramat — esto que los ojos ven?  
que el juglar que la escribió — se decida de una vez.

### IV

Dispués de un largo hablar — de la hermosa Rivelles,  
donde pudo el orbe entero — afincar más la sua fama  
de grande dama e decidora — en las tablas de la escena,  
arribó don Alvar Fáñez — llamado siempre Minaya,  
el mio fiel compañero — en mil batallas moriscas,  
con unas canas pintadas — para verse más apuesto,

pero hablaba tan bajo — se tragaba la voz,  
que nada le comprendía — ni tampoco me importaba,  
e escuché que alguien decía — que era un marqués inca  
de Machu Pichu llegado — e de lejanas regiones,  
donde la altura te obliga — a hablar bajo para aorrar  
aquel aire enrarecido — de un Nuevo Mundo ignorado.  
¿E cuál es el nom — de este Minaya tan blando,  
pregunté a una dama nórdica — por las pieles en el cuello,  
es don Ricardo de Blume — el comediante afamado,  
respondiome perfumosa — aquesta dama pintada.  
Plague al cielo dale — para otra vez mucha voz,  
y que sepa que Minaya — non era gente de funeral.

v

El mio rei e señor — don Alfonso de Navarra,  
en veces era bufón — y en veces buen comediante,  
pero su fabla era extraña — mezcla de las muchas partes  
por donde ha lidiado — e batallas de la escena.  
Dios e María Santísima — me cojan muy confesado,  
volví a exclamar al saber — que era árabe tanvién  
el que encarnaba a mi rei — e gran señor don Alfonso,  
pues si Alcaráz se nomina — es su cuna una mezquita.  
Mofa tras mofa al Mio Cid — e a su muy buena memoria.  
En cambio la vieja dueña — doña Constanza de nom,  
muchas palmas se merece — por su hablar e donaire,  
tanto que yo mesmo — siendo mio propio Mio Cid,  
siempre austero y engreído — me ví en veces riyendo  
de aquestas gracejadas — que la dueña prenunciaba.  
La mugier era doña Ana — de aquellas Blanch muy ideales,  
venida desde la Fispania — a alegrar el Mundo Nuevo.  
Larga vida tenga — aquesta mugier tan sabia  
para que siga en las tablas — con aqueste su talento.  
Mi fija doña María — (juro por Santa Gadea  
que mis fijas se llamaban —doña Elvira y doña Sol)  
era una fermosa joven — con problemas en la fabla,  
porque facia las eses ces — e poco se le entendía,  
e además un solo tono —prenunciaba sin piedad.

Dicen que la ortodoncia — palabra nueva en Castilla,  
podría lograr que la joven — Julieta Bracho de nom,  
pudiese hablar mejor — para que la giente entendiese.

VI

Cuando el mio rei — don Alfonso de Navarra  
volvió a la mia Ximena — a su calidad de viuda,  
faciendo que olvidase — sus folgados pensamientos,  
la giente tan mal vestida — muchas palmas otorgó  
a todos los comediantes — que de las manol se tomaron  
y muchas flores llegaron — a premiar a doña Amparo.  
El Mio Cid que soy yo — creí que fabía terminado  
aquesta tortura incruenta — de una comedia que non era tal,  
y ya meditaba Mio Cid — en palabras del poema:  
“Dios, qué buena obra — si oviesse buen autor.”  
Pero aquesto non acababa — e la doña Amparo fermosa  
avisó que un don Antonio — de Gala habíase puesto,  
e hablaría desde arriba — por ser juglar de la pieza.  
E fabló, e fabló, e fabló — un discurso muy bellaco,  
aprendido de memoria — para improvisado fingirlo,  
y tantos comunes lugares — brotaron de aquesta boca,  
fablando de luminosas islas — e de pieses muy humanos,  
con tanta inmodesta modestia — que mis manol non palmearon,  
y recordando a doña Amparo — y a doña Ana de las Blanch,  
como grandes comediantas — en su fermosa labor,  
salit de aqueste corral — muncho molesto e mohino,  
e diciendo con el poema —anónimo del Mio Cid:  
“Grado a ti, señor Padre — que estás en lo alto,  
jesto me an boulo to — mios enemigos malos!”

10 de febrero de 1975